

## **Imperium in imperio: el verdadero significado de la libertad**

Gilberto Urrutia

El proverbio latino *Imperium in imperio* lo utilizaban los antiguos romanos, para referirse a un grupo de personas que deben fidelidad a su maestro, subordinando los intereses de la colectividad más grande en la que viven, a la autoridad de ese maestro.

En todas las civilizaciones y en toda la historia de la humanidad se han formado espontáneamente ese tipo de grupos de personas o clanes, quienes atraídos por la filosofía y la ideas de un personaje determinado, deciden adoptarlas y lo aceptan a él como su guía y autoridad.

Sin embargo, en la antigüedad cuando los pueblos eran regidos con mano dura y gran despotismo por emperadores, reyes, príncipes y demás tiranos, esas congregaciones tenían que existir secretamente y operaban en la clandestinidad, para protegerse de las autoridades locales y no ser descubiertos, procurando siempre no llamar la atención de los gobernantes con sus actividades y de esa manera inadvertida asegurar su permanencia.

En el mundo de hoy, en el que se han alcanzado muchas libertades civiles y que ha sido decretada la declaración universal de los derechos humanos por parte de la organización de las Naciones Unidas, el funcionamiento de ese tipo de agrupaciones es legal y está muy generalizado. En la actualidad existe una infinidad de ejemplos de diversas asociaciones que tienen sus propios fines, estatutos y dirigentes.

Entre los más conocidos están las diferentes religiones, comunidades espirituales, las hermandades humanitarias como la masonería, gremios profesionales, sindicatos de trabajadores y pueblos tribales originarios, los cuales se caracterizan en que los integrantes reconocen la autoridad de su jefe o su maestro y le brindan su lealtad, anteponiendo siempre sus intereses a los intereses del resto de la sociedad.

Con el transcurso del tiempo muchas de éstas organizaciones han estado creciendo en tamaño y en dominio, y aunque sus actividades las realizan de manera muy discreta y confidencial, se han transformado en grandes centros de poder y de influencia política, convirtiéndose algunos en grupos poderosos e intocables capaces de imponerle pautas a los gobernantes de potencias mundiales, como por ejemplo en los Estados Unidos de América: los grupos financieros de Wall Street en Nueva York, que son una muestra evidente de un imperio dentro de un imperio.

Ahora bien, si enfocamos nuestra atención en las personas que conforman esos grupos, es importante que recordemos que cada persona, cada uno de nosotros como ser humano, está dotado de una conciencia y una personalidad única e irrepetible, de un espíritu con existencia propia y de un conjunto de cualidades que constituyen el sujeto inteligente que es, y que lo distinguen de cualquier otro individuo.

Y si pasamos a un nivel de observación aún más profundo y nos pudiéramos introducir en las entrañas de la persona, constataríamos que la conciencia humana es esa interioridad del hombre donde reside el alma, que corrige y guía la razón y el deseo, donde están la fuente de los juicios normativos sobre el bien y el mal, así como también esa cámara secreta e inaccesible, en la cual el hombre se encuentra con sí mismo y con su Dios.

Después de esta breve descripción de la interioridad de la persona, podemos afirmar con toda propiedad, que cada ser humano en su interior dispone de las facultades indispensables y cumple con todos los requisitos necesarios para también obrar y conducirse como un imperio dentro de un imperio.

En realidad poseemos el imperio más valioso, más impenetrable e indestructible que pueda existir: **la unión íntima y vital del alma humana y Dios, en la que Dios Todopoderoso se revela y se encuentra con su creatura amada.**

Aunque ese imperio sea invisible y secreto, y a pesar de que nosotros mismos incluso no estemos tan conscientes de él, se trata sin embargo del imperio más importante y más verdadero que existe, porque es un imperio sagrado constituido por las dos personas, que al final de todo, más cuentan en el mundo: tu consciencia y el Señor Jesucristo.

La experiencia personal del encuentro de Dios y su consciencia, la resumió el cardenal británico John H. Newman (1811 – 1891) de la siguiente manera:  
*“descansar en el pensamiento de dos y sólo dos seres absoluta y luminosamente autoevidentes: yo y mi Creador.  
 Desde mi niñez yo había entendido con especial claridad que mi Creador y yo, su criatura, éramos los dos seres cuya existencia se impone arrolladoramente, como la luz. Es por completo un cara a cara, entre el hombre y su Dios.”*

El Cardenal Newman nos dejó también una sencilla reflexión acerca de la existencia humana y sobre la necesidad de buscar a Dios y de unirnos a él para poder disfrutar de su amparo y fortaleza:

*“La vida pasa, las riquezas se van, la popularidad es inconstante, los sentidos decaen, el mundo cambia, los amigos mueren. Sólo Uno es constante; sólo Uno es veraz con nosotros; sólo Uno puede ser verdadero; sólo Uno puede ser todas las cosas para nosotros; sólo Uno puede formarnos y poseernos. ¿Estamos dispuestos a ponernos bajo Su guía? Esta es ciertamente la única pregunta“.*

La soberanía y la jurisdicción de nuestra alma, de nuestro “castillo interior” la tiene de manera exclusiva nuestro Dios Padre, el Creador y Señor del Universo. Sobre nuestro cuerpo material de carne, huesos y nervios podemos disponer nosotros, o bien según las circunstancias, alguien más o algo externo, pero sobre nuestro espíritu y consciencia sólo Dios tiene el absoluto dominio.

Jesús en su advertencia a los discípulos sobre la persecución que podían sufrir a causa de Él, les dijo:

***“No teman a los que sólo pueden matar el cuerpo, pero no el alma; teman más bien al que puede destruir alma y cuerpo en el infierno”.*** San Mateo 10, 28

El escritor español Francisco de Quevedo (1580-1645) en un escrito que redactó sobre los argumentos de la inmortalidad del alma, se refirió de la siguiente manera a la imposibilidad de que el mundo creado pueda eliminar, castigar o tener acceso alguno al espíritu humano:

*“En el mundo no hay verdugos, ni tormentos para los pecados sino para los pecadores. Quién peca es la voluntad, y ésta es potencia espiritual del alma: élla está fuera de la jurisdicción del cuchillo, de la soga y del fuego.  
 Si no hay otra vida y tampoco alma inmortal y Dios, el pecado se queda sin pena y sin juez. Los tribunales de la tierra ajustician al homicida, al ladrón y al adúltero, sólo para conseguir los efectos del escarmiento.”*

## Reflexiones sobre la diferencia entre el tener libertades y el ser libre

Estas cualidades del alma humana mencionadas anteriormente, nos conducen necesariamente a tratar otro aspecto estrechamente relacionando con el tema de nuestra interioridad y que tiene igualmente una importancia enorme para la humanidad: la libertad y el ser libres.

Para definir bien la libertad tenemos que enfocarla integralmente, y para eso tenemos que hacernos dos preguntas:

- 1.- ¿Qué es la libertad?
- 2.- ¿Qué es lo que logra el ser humano con ella?

Como respuesta de la primera pregunta se podría decir en forma muy general, que la libertad es la capacidad del ser humano de hacer algo según su propia y libre voluntad.

La segunda pregunta la hacemos, sobre todo con la intención de llenar con un sentido concreto y con un propósito lo que es una simple descripción de la libertad, ya que sin propósito esa libertad se hace vacía.

La libertad para que tenga sentido debe conducir finalmente a una meta gloriosa, debe ser impulsada por un gran ideal, sino la libertad por el simple hecho de sentirse uno sin ataduras, se puede transformar en un problema, en un vehículo peligroso que no lleve a ninguna parte que le de sentido a la vida.

Hoy en día, el anhelo de ser cada vez más libre, empuja a muchos a un deseo desordenado de tratar de cambiar la realidad material que los rodea. Quieren ir más lejos, rendir más, arriesgarse más e ir más de prisa. ¿Pero que afán de libertad es ese, que para querer demostrar su autonomía conduce a algunas personas hasta el suicidio? Eso es frenesí o desesperación, pero no libertad.

La libertad para ser libertad debe tener necesariamente un propósito.

La decisión de hacer algo y el propósito del para qué lo hacemos, surgen del saber lo que podemos hacer.

Como la libertad es un término que tiene muchos significados y que por consiguiente existen no sólo diferentes tipos de libertades, sino también diversas ideas que tiene la gente acerca de la libertad, es conveniente aclarar algunos conceptos fundamentales acerca de ella.

Uno de los conceptos erróneos que tenemos de la libertad, es que siempre la asociamos con nuestra aspiración natural de ser autónomos o independientes, como sucede a los jóvenes y adolescentes quienes buscan evadir toda forma de autoridad.

Otro concepto muy común pero también equivocado de la libertad, es que creemos que la libertad solamente depende de las circunstancias exteriores en las que nos encontramos. Es perfectamente posible, que podamos por esfuerzo propio superar algunos obstáculos y límites del mundo exterior que restringen nuestra libertad, pero la libertad plena a la que aspiramos, nunca la alcanzaremos, porque como dice el sacerdote francés Jacques Phillipe: *"cuando superamos unos límites, siempre aparecen otros detrás"*.

Para comprender mejor esa problemática de los límites de nuestra libertad, tenemos que empezar por aclarar dos situaciones, que son muy diferentes y por lo tanto no significan lo mismo: **el tener libertad y el ser libre**.

El **tener** libertades acontece principalmente en la dimensión del mundo material finito en que vivimos, y el **ser** verdaderamente libre en la dimensión del mundo espiritual infinito, representado por el alma humana.

Según el gran pensador francés René Descartes, el universo material está sometido a una serie de leyes naturales, y debido a ese orden preestablecido, las sustancias corpóreas (la tierra, los animales, cuerpo humano, las plantas, etc), responden a esas leyes y modos de ser de la materia, mientras que el alma humana por ser de naturaleza espiritual no está sometida a ese orden y es por lo tanto la única excepción.

Además, los pueblos y civilizaciones que habitan el mundo material, han creado por su lado también una gran cantidad de normas y leyes, para estructurar y organizar el funcionamiento de sus sociedades, y así poder garantizar su supervivencia y la buena convivencia de sus habitantes.

En este mundo natural finito en que vivimos nuestra existencia terrenal, tienen algunos pocos más libertades y muchos otros menos libertades. Todos los seres vivientes tenemos nuestras dependencias innatas del medio natural e igualmente muchas interdependencias entre los mismos organismos vivos.

El simple hecho de que existimos en un cuerpo material que está absolutamente sometido a las leyes naturales y que depende de recursos externos que le ofrece el medio ambiente para subsistir, nos limita y nos restringe.

Nuestro cuerpo material está inevitablemente sujeto a que le sean adjudicadas por la Providencia ciertas libertades desde su nacimiento hasta su muerte.

El tener libertad es algo sumamente relativo y condicional. Como ejemplo ilustrativo imaginemos los casos de un hijo de un emperador poderoso y rico, que nace con un trastorno mental que lo limita, y el de un hijo completamente sano de una esclava. De los dos, quién tiene más y quien tiene menos libertades?

En todo caso, ninguno de los dos son personas realmente libres, sino que apenas tienen diferentes grados de libertades, las cuales les han sido otorgadas por el destino y por las circunstancias del entorno y la época en que viven.

El principio o piedra angular que utiliza Descartes para edificar su filosofía es la frase *“pienso, luego existo”*.

Esa conclusión *“pienso, luego existo”* es el punto de partida lógico de toda filosofía moderna, porque esa es la primera gran realidad evidente en sí misma: el sujeto pensante. Siendo el ser pensante la única verdad de la que no podemos dudar. Aquí la existencia del sujeto no se deduce racionalmente sino por intuición o por fe, ya que los pensamientos no se pueden ni ver, ni tocar, ni medir por ser de naturaleza espiritual.

El yo pensante o alma que distingue al cuerpo y le da su personalidad, dispone respecto al cuerpo de absoluta independencia y autonomía por ser espiritual e inmortal.

Descartes tenía como normas de ética algunas máximas entre las cuales están las siguientes:

- *“intentar siempre vencerme a mi mismo antes que a la fortuna y modificar mis deseos antes que el orden del mundo.”*
- *“Aparte de nuestro pensamiento no hay nada que esté totalmente en nuestro poder.”*
- *“El error que más generalmente se comete es, que no distinguimos bastante las cosas que dependen enteramente de nosotros de las que no dependen en absoluto.”*

Por eso Descartes consideraba que una persona es libre sólomente en aquello que depende de ella, y eso son sólo sus pensamientos, que pueden ser a su vez de dos generos: las voliciones (actos de voluntad) del alma y las pasiones.

Tenemos el libre arbitrio en nuestra conciencia, la libertad de voluntad que es la facultad de pensar, creer, desear, esperar o amar sin restricciones y la libertad de elegir entre el bien y el mal.

Resumiendo, para Descartes la libertad humana consiste en poseer voluntad.

„Si no tienes la libertad interior ¿qué otra libertad esperas poder tener? “; escribió sabiamente una vez el escritor italiano Arturo Graf (1848-1913), convencido también de que es exclusivamente en la dimensión espiritual del ser humano, en su alma pensante, donde somos verdaderamente libres.

### **La libertad interior**

Si la libertad no es una autonomía absoluta, ni algo que depende de las circunstancias exteriores en que nos encontramos, ni tampoco un creciente dominio sobre la realidad que nos rodea: ¿qué es entonces?

Es nuestra libertad interior, la libertad de nuestra alma.

En su conocido libro la libertad interior, Jacques Philippe la describe como esa libertad soberana de toda persona, que le permite bajo cualquier circunstancia de restricción en la vida y por influencia del Espíritu Santo, tener la capacidad de pensar, creer, esperar y amar sin límite alguno y sin que nada ni nadie se lo pueda impedir jamás.

La libertad interior la encontramos en la medida en que nos damos cuenta de nuestra total dependencia de Dios y la aceptamos de todo corazón. Entre más creamos y confiemos en Dios tanto más libres interiormente seremos, porque Dios Padre y su amor eterno a la creatura, manifestado en la vida y muerte del Señor Jesucristo, son el fundamento de nuestra libertad. La dependencia amorosa y filial de Dios es la libertad del ser humano.

Recordemos aquí lo dicho antes, sobre el imperio inaccesible y divino que se forma en nuestra interioridad, cuando unimos por medio de la fe nuestra alma al Dios Todopoderoso, como en una relación padre-hijo o madre-hijo.

Y así lo afirma Jesús en el Evangelio de Juan:

**«Si ustedes permanecen fieles a mi palabra, serán verdaderamente mis discípulos: conocerán la verdad y la verdad los hará libres».** San Juan 8, 32

Dios es la verdad absoluta y nos la ha revelado por medio de su Hijo Jesucristo. Quien logra creer en Jesucristo y aprende a vivir según ésta verdad alcanza la libertad en su espíritu y será libre.

El crecimiento en la fe, la esperanza y la caridad es la única vía de acceso a la libertad.

Por eso el señor Philippe dice que la libertad interior tiene mucho que ver con las circunstancias que consideramos como negativas y con todas aquellas contrariedades que entorpecen nuestros planes, porque son esos momentos de dificultades, en los que podemos ejercitar nuestro libre arbitrio interior de varias maneras.

Existen principalmente tres actitudes típicas que tomamos como reacción cuando experimentamos situaciones difíciles en la vida: la rebelión, la resignación y la aceptación.

Por naturaleza no nos gusta padecer acontecimientos contrarios a nuestros planes. Por eso cuando algún problema que nos causa un sufrimiento llega a nuestra vida,

por lo general respondemos espontáneamente con rebelión. Este comportamiento puede ser justificado en algunas ocasiones, pero en realidad no nos ayuda ni nos soluciona nada. Es peor, porque nos añade aún más peso y más ratos desagradables. Porque en vez de sufrir solamente a causa de las circunstancias externas desfavorables, tenemos que cargar con el sufrimiento adicional causado por nuestras pasiones y arrastrarlo durante el tiempo que duren nuestra pesadumbre y el descontento.

La resignación no es tampoco una actitud positiva, porque frente a los acontecimientos nos declaramos impotentes y quedamos sin esperanza y con la desagradable sensación de no haber cumplido con nuestra misión.

La actitud que debemos de buscar en cada circunstancia difícil es la de aceptación. Es la que nos capacita para no dejarnos afectar interiormente por sentimientos y pasiones negativas desencadenadas por sucesos exteriores adversos. Tiene como fundamento la confianza firme en Dios y el amor filial que nos asegura que lo que padecemos es para nuestro bien, a pesar de que no lo comprendamos.

Recordando que su amor paternal hacia nosotros es más poderoso que el mal que nos pueda afectar y que de alguna manera nos ayudará a sacar un bien ulterior para nuestra alma.

La elección entre la rebelión, la resignación y la aceptación está solamente en nuestro corazón. Esa actitud con la que afrontamos la realidad exterior depende totalmente de nosotros. Ninguna circunstancia exterior nos puede obligar a tomar una actitud si no se lo permitimos. No existe nada que nos pueda quitar la libertad interior, a menos que nosotros renunciemos voluntariamente a ella.

El tema de la libertad interior como la actitud de la aceptación, es el tema central del libro del padre Phillippe. *“La libertad no es solamente elegir, sino aceptar lo que no hemos elegido”*. Esa afirmación parece dar la impresión de ser una tesis de tipo quietista que invita a ser pasivo frente a las dificultades. Pero nada más equivocado, porque la aceptación es una actitud muy activa que requiere mucho dominio de sí mismo. Saber aceptar una contariedad, algo que no hemos elegido muestra que realmente somos libres, evidencia que las circunstancias exteriores no son capaces de hacernos esclavos de nuestras emociones negativas.

***“Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad.”*** 2. Corintios 3, 17.

San Pablo afirma que esa libertad interior, la del alma, es posible vivirla cuando la persona le pide a Dios que el Espíritu Santo guíe su vida. Pablo mismo, llegó a estar preso, y muchas otras veces fue perseguido por quienes quisieron matarlo. Pero nunca fue desbordado por esas situaciones adversas. Jamás fue marioneta de las circunstancias. No sufrió la pesada carga del temor, la congoja y la desesperación. Por el contrario, dentro de sí, reinaba la paz de Dios.

En el Apostol San Pablo tenemos un modelo por excelencia, de cómo una persona puede comportarse y actuar como un imperio dentro de un imperio y cómo puede hacer uso de la libertad interior.

Pablo antes de su extraordinaria conversión, había sido un judío fariseo miembro del principal grupo de dirigentes políticos y religiosos de los israelitas del tiempo de Jesucristo, rígidamente apegados a la Ley Judía, la cual cumplían y hacían cumplir con severidad. Él persiguió personalmente aquellos primeros judíos que aceptaron a Jesús como su nuevo Maestro, e incluso fue testigo del ajusticiamiento con piedras de los primeros mártires cristianos.

Imagínense esa maravillosa transformación radical interior que aconteció en el alma y en la conciencia de Pablo por obra del Espíritu de Dios. Primero se convirtió en un ardiente adorador de Jesucristo, su nuevo guía y maestro, y después en el más importante propagador del Cristianismo y su primer gran erudito de la enseñanza.

Inmediatamente después de su conversión, Pablo dejando pasmados a quienes lo habían conocido, fue a su vez perseguido y odiado por muchos de la comunidad judía en que vivía, quienes trataban de matarlo por su predicación y su testimonio de Jesús resucitado.

Después de ocurrido el encuentro de su alma con el espíritu de Dios y su visión de Cristo resucitado, aprendió en secreto y en su propia carne, que todo lo bueno en el hombre es la obra que hace Dios por pura gracia y misericordia en el corazón humano.

La conciencia de San Pablo fue objeto del amor y la misericordia de Dios, quien por medio del Espíritu Santo y por la obra redentora de nuestro Señor Jesucristo, lo justificó gratuitamente por su gracia e hizo que imperara en él la paz y la libertad interior.

Cada conciencia es un imperio secreto e inaccesible para el resto del mundo, en el cual sólo el Espíritu de Dios puede entrar e intervenir, siempre y cuando lo busquemos y se lo pidamos con un alma de niño, es decir, amante, sincero, confiado y humilde.